

Resumen del Capítulo 14 “La Naturaleza de las Virtudes” del libro “Tras la Virtud” de Alasdair MacIntyre

José J. Contreras

16 de diciembre de 2015

En primer lugar es importante que recordemos por qué estamos aquí. Por qué hemos estado leyendo el libro “Tras la Virtud” por ya cerca de cuatro años. Por qué leer este libro de un filósofo escocés que vive en Estados Unidos y que habla de las virtudes y de las prácticas...

En los orígenes de Cenditel contamos con la valiosísima presencia del Prof. Juan Mendialdúa. El Prof. Mendialdúa nos hacía mucho énfasis en que Cenditel debía ser una institución que cobijara una *práctica*. El presidente fundador, el Prof. Jose Aguilar, creó incluso un equipo de trabajo que tenía por nombre algo de “prácticas virtuosas” y que tenía por objetivo investigar en torno a modos de organización que promovieran las virtudes. Ocurrió, por aquellos tiempos, que el equipo al que llamaban “las virtuosas” (porque eran mujeres) entró en conflicto conceptual con la política dominante de Cenditel. Y es que, para aquel momento, la política de organización cenditelita se encontraba en proceso de búsqueda por construir una organización heterárquica (que significaba una organización sin jerarquías), en la que sólo destacaba el Presidente como figura única que centralizaba todas las decisiones burocráticas. Creo que hoy día, luego de leer todo lo que hemos leído de “Tras la Virtud”, podemos percatarnos que este conflicto no era única y exclusivamente un asunto de personalidades. Las prácticas son jerárquicas. Los virtuosos descollan. Los novicios no tienen derecho a cuestionar a la autoridad. Los novatos deben obedecer y aprender, punto... Una práctica es inherentemente jerárquica y queríamos hacer una institución “plana” sin jerarquías...

Pero el problema, creo yo, es más de fondo. Cuando los fundadores de Cenditel planteaban la institución como una que procuraba guarecer el despliegue de una práctica, lo hacían pensando en el sentido de “práctica” que establece Macintyre en “Tras la Virtud”. Ahora bien, este sentido de “práctica” aparece como una propuesta que se contrapone a la situación dominante del emotivismo. Según el “emotivismo” no hay tal cosa como lo “bueno” o lo “malo” de una cosa. Las expresiones morales son proposiciones de manipulación tras las cuales se encuentran los intereses particulares de quien la expresa. Cenditel precisamente quería posicionarse como una institución que procuraba defender el conocimiento como un “bien público”. De ser así, esta defensa, lo que procuraba era defender los intereses particulares de un grupo puesto que tal cosa como un “bien público”, un bien que es común a toda la comunidad, no existe. Cenditel sería así una institución cuyo fin último sería la manipulación de las masas tras una visión de “bien público” que escondía los intereses particulares de un grupo...

Así que cuando decíamos que queríamos ser una institución que cobijara una “práctica” quiere decir que queremos ser una institución que se contraponga al “emotivismo” dominante. De tal manera que esta práctica tiene en sí un fin político de liberación del emotivismo. En nuestro caso, decimos que es una “práctica libre” que dice cultivar soberanía tecnológica. Y la noción de soberanía aquí, bien sabemos, trae consigo una noción de nación, de pueblo. Y particularmente de un pueblo en proceso de refundación que está desplegándose como pueblo. Desde la perspectiva emotivista esta pretensión sería una farsa manipuladora escondida tras nociones morales nacionalistas.

Desde una visión un poco más estrecha proyectos cenditelitas como el de “Calidad de desarrollo de

software” aparece también como una farsa. La palabra “calidad” trae consigo nociones de “bondad”, de lo “bueno” de algo. En nuestro caso de lo “bueno” del “desarrollo de un software” en comparación con otros modos de “desarrollo”. Tras ello hay una noción de “buena práctica” que desde el emotivismo simplemente escondería el interés de manipulación de un “grupo”.

Ese problemón de fondo estaba en los orígenes de Cenditel. ¿Acaso estamos nosotros empezando a percibir tamaño problema? ¿Cómo se transforma digamos “el imperialismo” cuando se nos aparece desde el “emotivismo”? ¿Podemos pensar nuestra revolución bolivariana desde una perspectiva macinteryana? Son cosas distintas, seguro, pero ¿podemos superar sus diferencias y encontrar unidad?...

En la primera parte del libro, el autor nos muestra una caracterización y una sociología del emotivismo. Para hacer esta sociología presenta a un personaje simbólico de la época: el gerente. La legitimidad del gerente se basa en su uso de las ciencias sociales y de la capacidad de predictibilidad de éstas. El problema es que las ciencias sociales no predicen, o son muy malas prediciendo. De tal modo que la legitimidad de las llamadas “ciencias gerenciales” queda sin base. El gerente lo que debe ser es un buen actor para hacer creer que su hacer gerencial se legitima científicamente. Traigo a colación aquí el artículo de Ernesto Lander intitulado “La Ciencia Neoliberal” para tener en cuenta cómo se hace uso del discurso científico para dar supuesta legitimidad a lo que no son más que estrategias de mercadeo empresarial.

Luego, en la segunda parte del libro, el autor empieza a mostrar un contexto distinto. Un contexto que le brinda sentido a diferentes sociedades que cultivaban quehaceres y virtudes que contrastan con el emotivismo de hoy día. En primer lugar, MacIntyre presenta a las sociedades heroicas homéricas en las que el individuo se encontraba completamente consustanciado con su rol social y en el que el “guerrero” aparecía como su mejor expresión. Luego, mostraba a la sociedad aristotélica en la que el contexto social era el de la polis y en la que su mejor expresión era la del “ciudadano” ateniense. Posteriormente, se muestra luego la visión del Nuevo Testamento que guarda similitud con la visión aristotélica en el sentido de que un fin último, un *telos*, brinda sentido a todo el quehacer y a las virtudes que deben ejercitarse para alcanzar tal fin. Finalmente, el autor muestra modos más “recientes” de cultivo de las virtudes basadas en Jane Austen y en Benjamin Franklin. En la primera, el *telos* pareciese estar en casarse con un oficial inglés de la marina y en el segundo en alcanzar el éxito tanto en la tierra como en el cielo.

Es allí cuando el autor empieza a desplegar lo que es la tesis de su trabajo, en la tercera y última parte del libro. En primer lugar, muestra que las virtudes no son en sí mismas sino que ellas son en contexto social e histórico. Particularmente, MacIntyre muestra que para entender las virtudes debe entenderse lo que es una práctica.

“Una *práctica* es una forma compleja y coherente de actividad cooperativa socialmente establecida a través de la cual los bienes internos a tal forma de actividad se realizan en el curso de intentar lograr aquellos estándares de excelencia que le son apropiados a, y parcialmente definen, tal forma de actividad. Esto tiene como resultado que las capacidades humanas para alcanzar la excelencia, y las concepciones humanas de los fines y los bienes involucrados son sistemáticamente extendidos”. (p. 187, mi traducción).

Se muestra aquí que hay una noción de “bienes” que le es “interna” a la práctica. El buen desarrollador

de software está en capacidad de percibir si la modularidad que subyace a un desarrollo particular es buena o no. Eso no le puede aparecer a un no practicante. Por ello, sólo los practicantes de una práctica, y particularmente los más virtuosos, son los que pueden percibir la “calidad” de una buena ejecución, de un buen desarrollo, de un quehacer bien hecho.

Hay también “bienes externos”. Los bienes externos son aquellos que no dependen de la práctica pero que pueden venir como consecuencia de la práctica de la práctica. Por ejemplo, un desarrollador puede ganar dinero y hasta hacerse rico desarrollando software. Sin embargo, el dinero (y la riqueza), aunque es un *bien*, se le considera externo porque puede obtenerse por otros medios. Un buen practicante de violín puede ganar dinero, así como un buen carpintero o un buen médico. El dinero puede obtenerse desde distintas prácticas o también desde distintos quehaceres como el comercio, el robo o hasta por la fortuna en la lotería. La “fama” y la “gloria” pueden también considerarse bienes “externos” que no dependen exclusivamente de la ejecución de la obra. Pero poder apreciar que un software sea suficientemente “general”, suficientemente “modular” y que esté escrito y documentado de tal manera que sea “fácil” mantenerlo y entenderlo son asuntos que sólo los buenos practicantes de “desarrollo” de software pueden dar cuenta de ello.

En este contexto “una virtud es una cualidad humana adquirida cuya posesión y ejercicio tiende a capacitarnos para alcanzar los bienes que son internos a las prácticas y cuya carencia nos previene de alcanzar efectivamente tales bienes” (p. 191, mi traducción). De modo tal que la virtud tiene sentido en función de la práctica y la práctica en función del contexto socio-histórico en el que se encuentra enmarcada. Es por eso que las virtudes aparecían distintas en las diferentes épocas y es en base a este esquema general que MacIntyre nos presenta el reto de pensar una sociedad “Tras la Virtud”.

¿Qué deberíamos entonces propiciar y cultivar nosotros desde Cenditel si queremos ser una institución que cobije una práctica?

MacIntyre aborda el tema explícitamente. Nos dice que las instituciones no son prácticas, que las instituciones de hecho tienden a corromper las prácticas. Pero que las prácticas necesitan de instituciones para su establecimiento social y para proveerse de bienes externos necesarios para la subsistencia. ¿Cómo podríamos encontrar ese justo punto medio en el cual la institución posibilite el despliegue de la práctica, posibilite la adquisición de bienes externos y promueva un despliegue práctico acorde con el proyecto país de liberación? ¿Cómo podríamos abordar el tema de nuestra “responsabilidad social”? ¿Cómo sería nuestro “punto y círculo”?...

¿Cómo podríamos entender una práctica de desarrollo de software libre? ¿Cuál es el sentido de “libertad” que nos es más apropiado? ¿De qué nos liberamos? ¿Qué sentido tendría el cultivo de una práctica de desarrollo de software libre?

¿Cuál es el *telos* que nos guía? ¿Hacia qué nos dirigimos como práctica y como institución?

Permítanme una digresión ¿podemos dar unidad al pensamiento bolivariano y al pensamiento macinteryano? Recordemos que el autor dice explícitamente que la noción de virtudes de Franklin no está acorde a su visión. Y ello porque Franklin busca el éxito y éste es un bien externo. ¿Acaso Bolívar no buscaba explícitamente la gloria? ¿Acaso la máxima felicidad social bolivariana no pareciese tener una base utilitarista al igual que el pensamiento de Franklin? ¿Es posible que logremos coherencia entre el pensamiento bolivariano, la noción de “práctica y virtud” macinteryanas y el desarrollo de

software libre en la Venezuela de principios del siglo XXI?

Y desde nuestra visión más estrecha ¿cuál debería ser el sentido de la gerencia en Cenditel?; ¿cuál debería ser el rol del “cara visible”, de los “directores”, de la “presidencia”?; ¿cómo debería ser la formación en este contexto?; ¿qué podríamos entender por “Sociedad del Talento” desde esta visión?.

Referencia

MacIntyre, A. (1981). *After Virtue. A Study in Moral Theory*. University of Notre Dame Press. Indiana. Second Edition (1984).